

## UNA FOTO, UN RECUERDO, UNA ALEGRÍA IMBORRABLE.

*Transcurría un agitado día de verano y en el Centro de mediación familiar, impacientes personas queriendo capear el tortuoso e implacable calor y por sobretodo, el álgido momento del reencuentro con la ex pareja.*

*Tengan la bondad de pasar y tomar asiento, indiqué con agogimiento y calidez, al tiempo de expresarles... tendré mucho gusto en apoyarlos, escucharlos y acompañarlos en este proceso de mediación.*

*Desde hacía cinco años que, Sonia y Eduardo no se veían. Toman asiento con movimientos torpes y nerviosos, se saludan con distancia, sus miradas intentan no cruzarse, hay un dejo de desconfianza; solo se percibe un solo interés común, cuando Eduardo dice, ¿cómo está mi hija? ¿la trajiste?, se trata de la pequeña Ivania, hija de ambos, fruto de ese amor que alguna vez los unió y que hoy, es solo un recuerdo o tal vez una quimera.*

*Nos conocimos de niños, fuimos vecinos en el campo, era un lugar muy lindo, dice Eduardo, la cordillera al fondo y el verde de los campos sembrados; allí donde, solo había lugar para caminar, conversar y disfrutar las tardes, junto al arroyo o bajo los generosos parronales que, fueron cómplices del oculto romance que mantuvimos oculto por mucho tiempo a nuestras familias. Fue allí mismo, cuando el invierno transcurría en torno a la cocina a leña, el mate, el pan amasado, el queso fresco y el calor del hogar, donde contaron a doña Amalia, madre de Sonia, que sería abuelita en algunos meses más. Cuentan que, hubo lágrimas de alegría y tristeza de la futura abuela, por tantas razones...*

*Solo vengo a pedirle al papá de mi hija que, la vaya a ver que, la busque que, no la haga sentirse como niña guacha, sin un cariño de padre. Ella sabe que su papá está vivo y que anda trabajando lejos, eso es lo que yo le he dicho en estos cinco años, pero ahora, ya no hallo qué decirle ¡es que ya tiene*

ocho años! Solo eso es lo que busco sra. mediadora, nada más; la Ivanita, no necesita que su papá le dé plata para alimentarla, ni vestirla, ni tampoco pa'sus estudios...¡de eso me ocupo yo! palabras que cortaron el aire, dichas con la fuerza y convicción de una madre dolida.

Es que... los alimentos, son irrenunciables, aclaré y el progenitor que no vive al lado de un hijo o hija debe dárselos, es uno de los derechos de los niños; hubo un silencio reflexivo, hasta que Sonia continuó.

Nunca pensé estar acá, nunca se me pasó por mi mente, mendigarle el cariño al papá de mi hija, nunca pensé que se repetiría mi historia, replica Sonia. Me crié solo con mi madre y mis abuelitos. Mi papá nos abandonó cuando yo tenía dos años; nunca pude entender qué fue lo que pasó entre ellos, ni porqué se había ido; solo sabía que mi papá no estaba muerto y que no volvería nunca más a mi casa. Nunca me faltó nada, estudié en una escuela rural hasta el octavo básico; no quise seguir estudiando porque no quería salir de mi casa, es que sentía miedo...no sé... algo así como temor a la gente, a los hombres, yo creo que solo de Eduardo no desconfiaba, es que, de chicos jugábamos y nos queríamos.

Eduardo, criado junto a sus padres, iban a la misma escuela rural y al mismo curso con Sonia hasta que, se fue internado a una Escuela Agrícola, allí terminó su enseñanza media, para dedicarse después a trabajar la tierra con su padre.

Ese cariño de niños-adolescentes perduró y se mantuvo hasta que, descubrieron que se gustaban y que querían estar siempre juntos. Decidieron unirse como pareja cuando tenían diecinueve años y ya venía de camino el fruto de ese amor. ¡Nos queríamos tanto, para mí fue mi único amor! recuerda Sonia.

¡Las cosas cambiaron tanto, tu mamá nunca me quiso, no nos dejó ser felices!, es que nunca debí dejar que nos recibieran en la casa de tu familia, replica Eduardo; bien dice el dicho, "el que se casa, casa quiere", pero en fin...

como hombre tuve que salir de esa casa... ¡qué injusta es la vida!, yo que siempre te amé y te respeté Sonia. Por eso, te lo digo ¡con rabia y frustración, no quiero saber nada de tu familia, de tu mamá ni de tus abuelos!, solo quiero ver a mi hija, ¡pero lejos de tu casa! y si no se puede.. bueno...qué le vamos a hacer, la Ivanita entenderá cuando sea grande; eso sí que, quiero darle la plata a mi hija, porque tu nunca quisiste recibirla...claro, para eso tu mamá y tus abuelitos son de plata y tienen para mantenerlas a ustedes, bueno... a ti te da lo mismo, porque siempre fuiste tan débil, tan tímida y entregada a lo que ellos te dieran; ¡yo creo que te faltó la mano firme de un papá!...

¿Y será que a su hijita, le podría pasar lo mismo?, inquirí al instante, en mi afán de legitimar a Eduardo, y llevarlo a un instante de reflexión; bueno, ¡eso es lo que no quiero! ... dice Eduardo con seguridad y convicción... quiero que mi hija ¡no tenga esa timidez y miedo a las personas como su madre!... instante en el que, con una pregunta estratégica digo,... y usted Eduardo, ¿qué podría hacer para que eso no ocurriera?... por lo mismo quiero comenzar a verla y no perderme ni su cumpleaños. pero ¡por ningún motivo en la casa donde vive mi hija! reiteró.

Al momento Sonia, como si hubiese estado ausente y no entendiera las últimas palabras de Eduardo, con un gesto de súplica e humildad dice, ¡ah, entonces podrías ir a saludar a la Ivanita para este cumpleaños!, acuérdate que es el próximo mes, cumple los ocho y entra a los nueve años; ¿te das cuenta, cómo ha crecido?... le quiero hacer su cumpleaños como siempre, en la casa, con sus primos y compañeras de curso, ¡¡podrías ir!...¡la harías tan feliz!, lo dice con la seguridad y convicción de alguien que, así lo ha vivido; es lo que queda en el aire...

Hay silencio en la sala, se respira nostalgia y emoción; como mediadora salgo al paso, interrumpo el silencio para preguntar a Sonia, ¿el día

de cumpleaños, es importante para usted Sonia? ¿cómo recuerda sus cumpleaños? Y es en ese mismo momento cuando aparece la magia, cuando Sonia, extrae de su cartera esa fotografía que, según relata ella misma, la acompaña donde vaya, porque **“es el recuerdo del momento más feliz de mi vida”**.

¿Es un cumpleaños? pregunto... se ve a una niña muy sonriente y feliz, con una torta, velitas y dos personas a su lado. Al mismo instante que, parafraseando a Sonia, la insto a comentarnos más de ese recuerdo, en un afán de empoderarla y fortalecer su protagonismo.

Fue tomada el día de mi cumpleaños número siete. Ese día había en mi casa mucha gente, mis tíos, tías, primos y primas; todos me llevaron regalos y yo ¡sin ganas de abrir los regalos, sin ánimo de celebrar nada! es que, mis primos y primas estaban con su papá y su mamá y yo estaba ¡solo con mi mamá!. Me decían, ¡mira la cara que tienes hija!..¡pero Sonita, abra sus regalos pues!, Y yo, no escuchaba nada, solo tenía un pensamiento...”el regalo más lindo sería que, estuviera aquí conmigo, mi papá”. Y es en ese momento cuando, se abre la puerta que da a la cocina y entra al comedor un señor de ojos grandes con una sonrisa que ¡no olvidaré nunca! y en sus manos ¡una torta con siete velitas encendidas! Mi corazón comenzó a latir tan fuerte que, parece que se me iba a ¡salir del pecho!... es que... ¡¡ ERA MI PAPÁ !!

A estas alturas, en esta sala de mediación, no se oía ni la respiración de cada uno de los presentes, solo se percibía el latir de los corazones por las fuertes emociones y sentimientos que afloraron durante el relato y vivencia de Sonia; ¡se estaba repitiendo su historia!. gracias a una foto, un recuerdo, ya comenzaba a surgir en ellos, un sentir y querer común; más aún, solo cabía la certeza de la consecuente respuesta de Eduardo, al presenciar el lenguaje de

10 by a

su cuerpo, la expresión de sus ojos y su comprensivo mirar hacia la madre de su hija.

Como mediadora, ya podía dar reconocimiento a ambos y connotar positivamente toda la experiencia relatada por Sonia, podía agradecerles su presencia y la entrega de sus experiencias y de sus momentos inolvidables; vaciados en esta sala, en este caluroso día de verano que, se tornó más luminoso y llevadero con lo recientemente vivido; ya podía comprobar mi hipótesis, solo bastaba buscar con mi mirada, la respuesta de Eduardo, quién guardaba un respetuoso y atento silencio, y en un acto de profunda grandeza y nobleza hacia quién fue su mujer y a esa hija que añoraba, solo atinó a decir: **Sonia, ¿a qué hora puedo ir el próximo mes al cumpleaños de nuestra hija?**

EPIFANÍA

3º Aug 20